

SUSCRIPCION
 Barcelona, un mes 2 Ptas.
 Fuera, trimestre 750
 Portugal, " " 850
 América, " " 850
 Demás países, " 95

Aspectos

La segunda escultura

La decadencia de las Humanidades va arrojando del mundo a los mitos antiguos. Queda como una sombra o espuma de las leyendas míticas en el lenguaje, mas las esencias poéticas se van evaporando. Pígmalo, Pandora, los trabajos de Hércules, el Velloco de oro, subsisten como un eco escolar, y aun a muchos les parecen lugares comunes anticuados, arcaísmos de una literatura caduca. Es otra forma del exodo de Pan, un nuevo anuncio de su muerte. Pan es tantas cosas, que no acaba de morir, pero cada día se va muriendo un poco.

Al hablar de la decadencia de las Humanidades aludo a un cambio de posición. Jamás se ha sabido tanto de la Antigüedad como ahora. Los filólogos modernos saben más griego que los gramáticos alejandrinos y más latín que los gramáticos de la época de Cicerón. La Historia, la Arqueología, la lingüística, la crítica, han hecho enormes progresos. La Mitología ha llegado a ser una ciencia ante la cual los sistemas antiguos de Evhemero y de los simbolismos neoplatónicos parecen ensayos de estudiantes. Pero con todo, las Humanidades no ocupan ya en la cultura europea u occidental, de que son hijuelas las de América y los demás pueblos europeizados, el predominante lugar que conservaron hasta el siglo XVIII.

Van convirtiéndose en especialidades, en materia científica y dejando de ser la cultura general del hombre letrado, el fundamento de la educación y de los estudios. Por mucho que se esfuerzen los bachilleratos clásicos en no dejar escapar el tesoro antiguo, este cambio es fatal. Podrá limitarse o retrasarse, más las Humanidades no volverán a ser lo que han sido, porque se opone lo más inextinguible que hay en la tierra: los hechos consumados. Los conocimientos científicos han adquirido un desarrollo y una variedad, desconocidos de los antiguos. Se han creado nuevas humanidades, lenguas y literaturas que compiten con las clásicas. Es el efecto de la madurez de una nueva época histórica. Las Humanidades grecorromanas no son ya «la cultura»: son «una parte» de la cultura y una parte histórica, aunque conserve elementos vivos.

Quizás ahora, cuando los mitos se alejan del dominio común, es cuando mejor podemos apreciar su belleza. La familiaridad, el exceso del trato perjudica a los más bellos ídolos. Hasta el milagro del amor se desgasta con la convivencia cotidiana. El hábito «vulgariza» las cosas, al reiterar la impresión. Por eso los guardianes y servidores de los ídolos acaban por tratarlos casi como a personas de su familia. Cuando la Mitología era un conocimiento general, se hizo familiar como los cuentos populares. Era como las «Mil y una noches» de la antigüedad y al mismo tiempo adquirió el espíritu del «Diccionario de la Fábula», de ilustración literaria de los poetas, de clave escolar para leer a los clásicos y de repertorio de cultura para las gentes del mundo, que eran las personas bien educadas, con iniciación literaria. Vino a ser un texto auxiliar de la conversación.

Hoy se descubren valores nuevos en los mitos. Por una parte, siguiendo su genealogía o su genética, observamos la colaboración de la emoción religiosa y del sentimiento poético, guiados por un espíritu antropológico, que aunque en Grecia alcanzara su más brillante desarrollo, late en el fondo de la Humanidad, es cosa inherente al hombre. Los mitos nos enseñan muchas metamorfosis espirituales que superan a las que cantó Ovidio. Hasta vislumbramos entre esa encantada muchedumbre las sombras legendarias de un pasado prehistórico, anterior al documento directo.

Hay en los mitos un valor estético que prepondera sobre el valor científico. Desde el punto de vista del conocimiento histórico, son en cierta manera como fósiles de la Historia, restos arcaicos que nos ayudan a conocer etapas de la elaboración religiosa y de la historia de la imaginación y del pensamiento. Artísticamente son una de las partes, y de las mejores, del Museo de la Antigüedad. Son, en el mundo de la ficción poética, la equivalencia de la escultura griega.

Esta excelencia poética no es puramente literaria, no se reduce a la expresión bella que les dieron los poetas antiguos, a la gracia, a la delicada ingenuidad o

a la fuerza trágica y titanica, monstruosa a veces, que manifestaban en las formas de la literatura desde Hesíodo a Ovidio. No es el hechizo del relato literario lo primero. Ofrecen otro encanto más hondo y permanente: el de la portentosa invención poética. El genio griego creó el más estupendo repertorio de alegorías que se ha producido en el mundo. La Mitología fué su segunda escultura, la esculptura de la imaginación que admite paralelo con la de los maravillosos mármoles y bronceos.

Tiene esa obra escultura la perennidad poética, la capacidad de renovación, de nuevas aplicaciones que distingue a la poesía. Como su materia es más leve, sutil y maleable que la de la escultura física, por sus formas pueden circular nuevas corrientes de vida. Todavía puede haber una cierta reelaboración tradicional en los mitos, no sólo como fuente de inspiración del poeta, sino como guías alegóricas de exposición de pensamientos modernos. En el vaso antiguo podemos ver nuevos afares, nuevas ideas, nuevos hechos, la linfa inextinguible de «los trabajos y los días», como Goethe resucita a Helena en el segundo Fausto.

ANDRENO

Vida musical

La correspondencia de Beethoven

«Correspondencia de Beethoven. — Introducción, selecció i traducció de les lletres, notes i quadre sinóptic, per Millàs-Raurell.» Así reza la portada del volumen, elegantemente presentado, que ha publicado recientemente la Asociación de Música «da camera» de Barcelona. Es un último episodio de nuestra conmemoración del centenario del gran maestro; mas no por ser el último es el menos significativo. Recomendábase a nuestra atención por su carácter de permanencia, además del valor intrínseco de los escritos mismos, de los que hablaremos después de los párrafos obligados de exordio.

La aparición de este volumen aventaja desde cierto punto de vista aun a las audiciones modelicas beethovenianas. Estas van estumándose con el pasar del tiempo; aun cuando la impresión se mantuviese en el oyente con la misma viveza del momento de la audición, cosa que por desgracia no le acaece ni al más fervoroso melómano, tal impresión desaparece a la generación siguiente, aunque de la música un día ejecutada en condiciones excepcionales se siguiese hablando como de un hecho histórico.

El libro es algo que perdura. Después de una lectura generalizada con motivo de la publicación oportuna, cada volumen acaso dormirá largos periodos en un anaqueo de librería, pero será siempre un tesoro al alcance de todos y quien sabe los gozes que producirá, las curiosidades que excitará, las vocaciones que determinará.

La aparición de las Cartas de Beethoven es aquí doblemente oportuna, porque, como observa el traductor, cuyo advenimiento en el campo de la literatura musical nos place saludar, procurase a nuestros lectores «un fácil acceso a la vida activa de Beethoven, que es al fin y al cabo el camino hacia la mejor comprensión de su obra». Y desde luego, el idioma catalán, que va enriqueciéndose de día en día con toda suerte de aportaciones de otras lenguas, plenamente merecía poseer una versión de valor literario de las mejores epístolas beethovenianas... así como es merecedor de que algún día se piense en incorporar a otros monumentos literarios musicales, como son, pongamos por caso, las cartas de Mozart y los escritos de Schumann.

No es preciso encarecer la importancia de la Correspondencia de Beethoven. El primer contacto con ella, observa atinadamente el traductor, puede causar una desilusión; el compositor «os aparece como un hombre enojado, envanecido, soberbio, atrabiliario, despota y exagerado. Mas si vais profundizando la lectura, pronto halláis que semejantes notas de su carácter, que se patentizan desde el primer momento, van fusionándose una por una, para formar un hombre hecho de una pieza que, desde su primera carta hasta la última, sufre y lucha por unos mismos ideales: la música por encima de todo; después, la amistad y la familia». Quien quiera conocer bien a Beethoven ha de leer sus Cartas; quien quiera interpretar fielmente sus obras, conociendo su íntima esencia, no puede prescindir

dir de ellas. Porque sabido es que no hay página musical beethoveniana que no sea de carácter autobiográfico. Ha de leer las cartas a la «Amada Inmortal», necesariamente — quienquiera que fuese la destinataria de aquellas páginas ardientes: Giulietta, Teresa o Amalia —, el que quiera interpretar apasionadamente, sin contentarse con la menguada pasión propia, la Sonata «Claro de luna», o la «Appassionata» o los inefables compases iniciales de la «Sonata en fa sostenido mayor», que valen todo un poema de amor.

Bien conocidas las amistades de Beethoven, especialmente la que profesó a su discípulo el arquiduque Rodolfo, derramamos afectuosa nobleza sobre muchas páginas suyas. Los que poco o nada han sabido del arquiduque, han convertido la Sonata «Adiós, ausencia, regreso» en el episodio de la separación de dos amantes, siendo así que, a través de la anécdota de la forzada ausencia arquiducal debida a las vicisitudes del tiempo de guerra, esta obra eleva el más preciado monumento a la amistad.

El conocimiento de las mismas debilidades físicas, de las enfermedades de Beethoven, es necesario para la recta interpretación de algunas de sus creaciones. Recordemos la penúltima «Sonata» de piano, en la que el compositor llega musicalmente a las puertas mismas de la muerte. Y conociendo su profunda miseria e infelicidad, admiraremos más su rara elevación moral y sus arraigados sentimientos religiosos en aquel maravilloso número de uno de sus últimos Cuartetos: «Canzona alla Divinità in modo lidoico per ringraziarla da un guarito».

El «corpus» íntegro de la correspondencia de Beethoven sólo podría reunirse en una publicación estrictamente musicográfica; en una edición de divulgación es preciso cercenar sin piedad y seleccionar lo que resta, limitándose a las muestras más típicas. Esta selección la ha efectuado con acierto el señor Millàs-Raurell: «El lector hallará en esta colección el eco de la disputa con los Breuning; el amor por Giulietta Guicciardi; los tratos y contratos con editores; la odisea de la suscripción de la Misa en «re»; las entrevistas Bigot; la tragedia de la sordera; las angustias que le causan su cuñada y su sobrino; las culpas económicas; etc., etc. Todos los momentos importantes, en fin, de su vida cotidiana y de la que se proyecta hacia la eternidad tienen aquí adecuada resonancia.»

Con el mayor placer he releído en catalán cartas que de tiempo me son familiares: las ya citadas a la «Amada Inmortal», el llamado «Testamento de Hellengstadt», las importantes epístolas a los Breuning, a Wegeler, a Amenda, las «dudosas» a Bettina Brentano; las dirigidas a artistas de diferentes categorías, de Goethe al pintor Macco; a sus discípulos Ries y Neale, sin olvidar al arquiduque, a los editores Hofmeister, Breitkopf, Simrock, etc.

No podemos examinar aquí las facetas variadísimas del ingenio beethoveniano. Su humorismo merecería capítulo aparte; su gama es extensa, llegando por momentos a los confines de lo grosero. Véase una sola muestra, de estilo temperado, en una carta al flautista barón Zmeskall: «No es enojéis conmigo; pronto tendré el gusto de remitirlos mi tratado sobre las cuatro cuerdas del violonchelo; es obra muy profunda: primer capítulo, las tripas en general; segundo capítulo, las tripas de tripa, etc.»

Tampoco nos es posible recorrer los sentimientos y afectos del compositor, tan sinceros, tan intensos. De su religiosidad es, por ejemplo, una bella muestra la carta dirigida al fabricante de pianos Streicher, en la que consiente al deseo de éste de enviar a diferentes sociedades corales partituras de su gran Misa con el acompañamiento reducido al órgano o al piano, porque obras de esta índole ejecutadas en público y «sobre todo en fiestas sagradas, pueden producir una gran impresión en los auditores». Al escribir esta gran Misa fué mi propósito esencial desmentar y hacer asqueable el sentimiento religioso, tanto en los cantores como en los oyentes.»

¡Cuán gran respeto nos inspira Beethoven hablando en estos términos de su arte! Con no menor respeto le escuchamos cuando ejerce su alto profesorado, aspecto bajo el cual es menos conocido de la generalidad.

«Puede Vuestra Alteza Imperial continuar ejercitándose en apuntar brevemente por escrito las ideas que le vengán sentadas al piano — escribe al arquiduque Rodolfo —. Es menester para ello tener una mesita cerca del piano. No solamente adquiere mayor fuerza la imaginación, sino que se aprende a retener instantáneamente las ideas más distantes. Escribir sin piano es generalmente necesario, así

como algunas veces desarrollar una sencilla melodía de coral con figuras sencillas, después variadas, según el contrapunto y más allá todavía. Esto no causará a V. A. I. ninguna molestia especial, sino que por el contrario le proporcionará el gran placer de penetrar de este modo en el corazón mismo del arte. Poco a poco va naciendo la facultad de no representar más que aquello que deseamos y sentimos, necesidad tan esencial a las naturalezas nobles.»

Esta carta del «profesor» Beethoven me recuerda otra, no incluida en la colección de Millàs-Raurell, dirigida a su discípulo Czerny, que era a su vez maestro de piano de su sobrino Carl: «Os ruego traigáis a Carl en lo posible con paciencia... mostraos con él afectuoso, en lo posible, no perdiendo por ello la seriedad... En cuanto a su modo de tocar os ruego que, en cuanto haya adquirido una regular dición y exactitud de compás, y toque las notas sin demasiadas faltas, os atengáis únicamente al estilo y no le detengáis, cuando esté ya algo lejos, por pequeñas faltas, no haciéndoselas advertir hasta el fin de la pieza. Aunque no me haya dedicado mucho a la enseñanza, he seguido, no obstante, siempre este método; forma pronto a «músicos», cosa que al fin y al cabo es uno de los primeros objetivos del arte y lo que cansa menos a maestro y discípulo; en ciertos pasajes... deseo que se empleen de vez en cuando todos los dedos... sin duda no empuñándolos todos el tocar es, como se dice, «perlado», o como una perla, pero también deseamos a veces otras piedras preciosas. Otro día os escribiré algo más sobre el particular; deseo acoráis todo esto con el amor con el cual quiero ser pálido lo digo y lo pienso; por otra parte, soy y será siempre vuestro devoto. Ojalá sea para vos mi sinceridad prenda de la futura cancelación de esta deuda.»

La edición beethoveniana de la Asociación de Música «da camera», además de la fidelidad y buen estilo de la traducción, está avalorada por notas aclaratorias al pie de cada carta, y, al final del volumen, por un cuadro concordante de los pasos de la vida de Beethoven y la composición de sus obras con indicación de las cartas publicadas en la colección que hacen a unos y otras referencia.

VICENTE M.ª DE GIBERT

Comentarios

La reforma universitaria

IX y último

De todos los artículos que integran el Decreto-ley de reforma universitaria hay uno que ha llamado poderosamente la atención de técnicos y profanos; uno que, desde el día de la aparición de la *Gaceta*, que le contiene, atrajo las miradas del público y suscitó una verdadera tempestad de opiniones y comentarios. Este artículo, que ha sido la gran sorpresa del Decreto, merece una crónica aparte por su trascendencia y su significado, dedicándole nosotros esta última de la serie que hemos emprendido. Este, el famoso artículo 53, dice textualmente: «Los alumnos que hubiesen realizado sus estudios asistiendo habitualmente, durante los años exigidos como mínimo de escolaridad, en centros de estudios superiores que por más de veinte años de existencia hayan acreditado notoriamente su capacidad científica y pedagógica, realizarán sus exámenes de fin de curso en idéntica forma que los que hubiesen seguido sus cursos normales en la Universidad, siendo examinados en ella por dos profesores de aquellos, presididos por un catedrático de la Facultad en que estuvieren matriculados.»

Nuestro comentario será frío, prescindiendo de todo prejuicio, tarea delicada, teniendo en cuenta el asunto mismo, ya que como puede el lector adivinar fácilmente en las líneas transcritas se traslucen dos dignísimas instituciones existentes: la Universidad del Deusto, de los RR. PP. de la Compañía de Jesús y el colegio de El Escorial, de los RR. PP. Agustinos. Estos son en efecto los dos únicos establecimientos a los cuales fácilmente se refiere el artículo citado. Ya que son también los únicos que reúnen las condiciones exigidas, particularmente en lo que a los veinte años de existencia se refiere.

Estos dos colegios, con un número crecido de alumnos distinguidos, venían preparando a sus escolares de enseñanza libre que examinaban, respectivamente, en las Universidades de Valladolid y Madrid, correspondientes a los distritos universitarios en que se hallan enclavados. Desde ahora, estos alumnos se examina-